

El último conejo

Ariana Contreras Padilla

Cada tarde, don Ernesto se sentaba en el jardín de su casa en Coyoacán. El sol bajaba lento sobre las bugambilias, tiñendo de ámbar las paredes. El aire olía a tierra caliente y traía de lejos el lamento de un organillero. A esa hora, todo se volvía quietud. Era el momento en que aparecía el conejo.

Pequeño, de pelaje cenizo y orejas atentas, brincaba entre las macetas con la ligereza de quien conoce el terreno. Al principio, don Ernesto lo había tomado por un visitante ocasional, pero con los días entendió que su presencia era más que una coincidencia.

—¿Sabes que España significa “tierra de conejos”? —le decía a su nieta Marisa cuando ella se sentaba con él en las tardes.

—Eso no puede ser cierto, abuelo —respondía ella, enredando los dedos en el rebozo de su abuela.

—Los fenicios la llamaron I-Shaphan-im porque vieron conejos y pensaron que eran damanes, unos animales raros de África. Luego los romanos dijeron Hispania.

—¿Y México?

—Aquí, los mexicas veían conejos en la luna —dijo él, señalando el cielo, aunque aún no oscurecía—. Mēxihco, la tierra del ombligo de la luna.

Marisa fruncía el ceño. Le gustaban las historias de su abuelo, aunque a veces pensaba que se las inventaba.

Pero don Ernesto sabía que los nombres guardan secretos, igual que los recuerdos. A sus ochenta y dos años, los suyos eran pesados. Había llegado a México con veinte años, en un barco lleno de paisanos que huían de la guerra y del hambre. Atrás quedaron Castilla, los campos secos, el eco de los grillos entre los olivos y la voz de su madre llamándolo desde la puerta de su casa de piedra.

Nunca volvió.

Con los años, su acento se desdibujó, su piel se tostó bajo otro sol, su vida se llenó de palabras en náhuatl y del olor a maíz recién hecho. México lo abrazó sin preguntas. Le enseñó a celebrar la vida con mariachis y a honrar la muerte con velas y papel picado. Nunca se sintió extranjero en él.

No era su primera tierra, pero sí su hogar.

Y sin embargo, en algunas noches de insomnio, Castilla volvía. Volvía en los sueños, en la memoria que no se borra. Volvía en el canto de un río que ya no cruzaba, en el crujir de un pan que no horneaba. España era un país lejano que seguía latiendo en su pecho, aunque su corazón hacía mucho que latía en otro suelo.

El conejo lo visitaba cada tarde. Quieto, la nariz vibrante, los ojos oscuros como pozos. Lo miraba como si lo conociera de antes.

—Eres de dos tierras, igual que yo —le murmuró un día. El animal pareció entenderlo.

Aquella tarde, el cansancio de don Ernesto fue distinto. No era solo de los huesos, sino de más lejos. Cerró los ojos y en su mente los dos países se fundieron: los campos secos de Castilla se hicieron nopaleras, los caminos de tierra se volvieron calles empedradas. El olor del pan y del aceite de oliva se mezcló con el del nixtamal. Y entre todo eso, el conejo.

Un mismo animal en dos tierras, sin saber a cuál pertenecía.

Cuando Marisa salió a buscar a su abuelo, lo encontró dormido en su silla de siempre. El conejo ya no estaba.

Al día siguiente, lo vio de nuevo. No en el jardín, sino en la libreta de su abuelo, en una hoja amarillenta donde había garabateado con letra temblorosa:

“Todos volvemos a casa, aunque sea en sueños”.

